

142

el claro Febo que los montes dora,  
luna y estrellas, chispas de su llama;  
la tierra que metales atesora,  
el mar que ocultamente se derrama,  
solo son un rasguño <sup>(1)</sup> mal distinto  
de nuestro invicto Rey Felipe quinto.

David, Josué, Sansón, el Macabeo,  
Gedeón capitán y el rey Josías,  
de su marcial orgullo en el empleo  
copian mejor su aliento y valentías;  
porque, según en sus historias leo,  
todas las epíloga en breves días,  
que con mejor pincel que la escritura  
no pudiera copiarse su pintura.

David, joven gallardo y animoso,  
vence gigantes, ciñe la corona;  
de las traiciones sale más airoso;  
dócil al enemigo le perdona;  
servicios recompensa cariñoso;  
solo sus conveniencias abandona;  
mas sí, indeciso, dudas á quien pinto  
suenan David, mas es Felipe quinto.

Josué le copia, pues le elige el cielo  
caudillo fuerte del Israelita;  
valor le influye, dále su desvelo  
y contra Gabaón por él milita.  
Cinco potencias postra por el suelo  
y, en fin, treinta y un reyes supedita;  
y no sé si el afecto aquí me engaña,  
pero á mí me parece el rey de España.

Es Dalila, Saboya cautelosa  
que desarmarle intenta con cuidado;  
Filisteos la Liga temerosa;  
pero Philipo quinto triunfa osado  
de tanta multitud como le acosa;  
de las fuerzas francesas ayudado  
otro Sansón, Filipo, te imaginas,  
pues rompes lazos y ejecutas ruinas.

Por la fé y religión tanto se anina  
que su vida y corona nada aprecia;  
á los peligros pródigo se arrima  
viendo que la fé santa se desprecia;  
ver profanar los templos le lastima,  
y sus propios afanes menosprecia,  
siendo Felipe quinto, según veo,  
más celoso que Judas Macabeo.

(1) Después de la chabacana é indigesta *versada* del anterior cortesano vienen estos rasguños de adulación palaciega. Grosero, en prodigar alabanzas á su rey, tiene que encontrar el lector al fraile paulino. — R. P.

143

Gedeón en el blanco vellocino  
recibió la señal de sus victorias,  
y en el Toisón Felipe peregrino  
recibe un claro indicio de sus glorias;  
luces y trompas Gedeón previno,  
y Filipo, en su nombre y sus memorias,  
entrambos en la lid logran despojos  
llegando á los oídos y á los ojos.

Otro Josías en Filipo miro  
en la piedad, el celo y el cuidado,  
viéndole solo orar en su retiro,  
venerar religioso lo sagrado,  
costándole á su pecho un gran suspiro  
saber que se comete algún pecado,  
que aún en el tropel de la campaña  
no omite la oración el rey de España.

Mas quédese empezado este bosquejo  
que no puede acabarse aunque le apure  
á entrambos Testamentos, nuevo y viejo,  
la sacra heroicidad, y aunque procure  
formar de todos cristalino espejo  
que esta clara verdad nos asegure,  
porque en Filipo solo hay prendas tales  
que no le igualan todos los anales.

Del licenciado don Miguel Cascante:

Dé á mi musa la Aurora sacro aliento,  
prestando á su rudeza el dulce encanto  
de las plumas que aladas dan al viento  
en tierna voz primores de su canto;  
y aplicando las glorias de su acento,  
del cielo giren al brillante manto  
saludando, con métrica armonía,  
al dios que ilustra la estación del día.

Emprenda con afán de misteriosa  
del fulminante dios la clara esfera,  
donde no hay luz ni estrella que esté ociosa  
en el giro veloz de su carrera;  
y la que tiene influjos de ominosa  
lo deja ya de ser, porque se esmera  
hoy al cielo en cantar aclamaciones  
al que reina en constantes corazones.

El que es rayo de Júpiter tonante  
hoy viene á ser la luz del occidente,  
con el sereno y plácido semblante

que el sol se deja ver en el oriente.  
La lira pulsa en metros elegante  
y que á todos excede preeminente,  
y aplicando la voz al instrumento  
hasta las piedras mueve con su aliento.

Las cadenas de oro que desata  
en cada voz el Hércules discreto,  
que en rubias ondas su caudal dilata  
explican la razón de su concepto;  
y cuanto más atento se recata  
la admiración lo adora por perfecto,  
suspendiendo las alas del sentido  
con el dulce rumor de su sonido.

En la esfera de Flora centellean  
lucientes flores, tiernas mariposas,  
rondando aladas lo que más desean  
que es verse en los cristales más hermosas.  
Y porque cisnes sus desvelos vean  
las alas pulen con brillantes rosas,  
donde las voces del castalio coro  
á sus giros consagran lo canoro.

De Apolo es trono y de Astrea ara  
el refulgente nido donde mora  
el cisne singular que, en voz preclara,  
con ecos de su canto al Rhimac dora;  
y cuanto más corriente se declara  
es cuando más benigno se decora;  
el pico pule para dar al prado  
el sonoro gorjeo del agrado.

De Filipo el oriente celebrando  
lo atiende culta pluma reverente,  
y mientras más humano se está dando  
á respetar, por sabio y elocuente,  
los astros le veneran trasuntando  
de tanto sol el rayo refulgente,  
aplaudiendo sus letras por más bellas  
el hermoso esplendor de las estrellas.

El que de triunfos orla los leones,  
castigando con pronta bazarria  
á rebeldes y osados batallones  
que procuran reinar con tiranía,  
el sexto lustro empieza, y sus blasones  
serán tantos que venzan la porfia  
de águilas que amenazan sus castillos  
dejando el vuelo en destemplados grillos.

Serán despojos de su fuerte brazo  
los que á su culto niegan la rodilla,

que á su diestra no sirve de embarazo  
de coronadas testas la cuchilla;  
gemirán en la cuerda de su lazo,  
que lo más alto su valor humilla,  
siendo trofeo de su heroica planta  
el que más engreido se levanta.

El Leopardo, el Aguila, la Rosa  
y las Quinas que forjan esta Liga,  
con presunción tirana y ambiciosa  
el despecho hallarán de su fatiga,  
que del Quinto monarca no está ociosa,  
aunque más la traición ufana diga,  
la alta justicia en numerar sus glorias  
en el firme padrón de las Historias.

Será glorioso, no lo dude el mundo;  
vencerá de la envidia los ardores;  
no es arrogancia, que en razón lo fundo;  
quien de la Iglesia cela los honores  
será por sus proezas sin segundo,  
arruinando los bárbaros errores  
de la insolente Hidra venenosa,  
que quiere macular su limpia esposa.

Como estrellas y arenas años cuentes,  
sacro Monarca, sol de las Españas;  
sus provincias y términos aumentes  
con el glorioso honor de tus hazañas:  
á tu trono se rindan reverentes  
cuantos la envidia abriga en sus entrañas,  
convirtiendo en veneno la dulzura  
del panal que el león nos asegura.

La América, Señor, tu nombre exalta  
y leal te venera como á dueño,  
colocando tu efigie en la más alta  
estimación de su mayor empeño.  
Con afectos de amor su pecho esmalta,  
y con rostro risueño y halagueño,  
hoy ofrece á tu culto corazones  
que de finos se vuelven en leones.

Tanto te ama leal el peruviano,  
gran Filipo, que vive de adorarte  
con tan ardiente y natural desvelo  
que bien puedo decirte de su parte  
que, de fino, veloz prendiera el vuelo  
para ser el primero, invicto Marte,  
que empleara sus flechas generosas  
en las Quinas, las Aguilas, las Rosas.

Vive seguro, heróico, gran Monarca,  
que pierda el menor rayo tu corona,  
porque cuanto en su centro sacro abarca  
con laureles y palmas lo eslabona,  
siendo tu real estoque ardiente Parca  
desde la helada hasta la ardiente zona,  
venciendo á los que eran las espumas  
con prontos ramos y volantes plumas.

Vive feliz Filipo con Gabriela  
más que el ave que en rubias palmas mora,  
cuando sabia y prudente se desvela  
en ser de tanto sol, brillante aurora,  
desterrando la sombra del que anhela  
oscurecer al que su pecho adora,  
siendo rayo que abraza al insolente  
que se atreva á las luces de tu frente.

#### Del marqués de Brenes:

Flamante Padre luciente  
de resplandores, infunde  
hoy en mí un rayo de ese  
alto taller de tus luces;  
la nube oscura que empaña  
mi ingenio, tu luz ilustre,  
y de él tu esplendor destierre  
la densa grosera nube.  
Sacra Caliope divina,  
influye á mi inculto númen  
graves, métricas, heróicas,  
sonoras cadencias dulces,  
para escribir yo del héroe  
que luego que le produce  
propicio el cielo, la Fama  
estátua inmortal construye;  
de aquel, que antes que la lengua  
su sacro nombre divulgue,  
en reverentes silencios  
el respeto lo pronuncie,  
y tu temor respetuoso  
no en el pecho disimules;  
mas su nombre y amor rompe  
lo que en el labio se anude.  
Es el invicto, el glorioso,  
(ya las voces lo prorrumpen)  
el quinto grande Filipo  
del orbe sagrado lustre.  
En este adorado nombre  
todo lo heróico concurre,

y es su elogio más que cuantos  
la ponderación abulte.  
Aquel que desde su oriente  
las más heróicas virtudes  
parece que tuvo, aun antes  
que lo racional madrugue;  
La inquietud de infantes años  
á lo grave no interrumpe;  
aun máximas la prudencia  
aprendió en sus inquietudes.  
Sus juveniles ardores  
tanto á sazones reduces  
que, aun en la infancia, mostraban  
lo magno sus inquietudes.  
Como para hacerlo excelso  
el cielo le constituye,  
quiso también que, en sus obras,  
si es hombre ó deidad se dude.  
Las áulicas diversiones,  
porque son riesgo aunque gusten,  
si como halago las busca,  
como peligro las huye.  
De lo católico el fuego  
en él tan ardiente luce,  
que el combustible en su llama  
es de una lumbre otra lumbre.  
A su sufrimiento no hay  
adversidad que le incumbe,  
y lo que sufre recata  
el modo con que lo sufre.

Tan constante es como él solo,  
sin que su firmeza muden  
cuantos contrastes la envidia  
sacrilegamente une.  
Nunca fluctúa, aunque más  
contratiempos le circunden,  
que antes su constancia hacen  
el que ellos en sí fluctúen.  
En piedad es sin segundo;  
y tanto, que se presume  
que solo por perdonar  
no sentirá que le injurien.  
Cuando no hay en quien perdone,  
según su regia costumbre,  
su piedad está impaciente  
por no haber en qué la use.  
La integridad y justicia  
á Filipo se atribuyen,  
sin temer que lo piadoso  
lo justiciero lo usurpe.  
Con rectitud su equidad  
la justicia distribuye,  
sin que el pequeño se agravié  
porque el grande quede inmune.  
En valor excede á todos  
que no hay riesgo que le asuste,  
porque sale á los peligros  
aun antes que ellos le busquen.  
Si á su arrojó la prudencia  
de heróica culpa le arguye,  
su real espíritu anhela  
á que por esto le culpen.  
Dígalo Luzara al verle  
con el valor que conduce  
sus tropas, á cuyo asombro  
el terrestre globo cruje.  
Dígalo la Lusitania  
que, primero que desnude  
su espada, su nombre en ella  
pánico terror difunde.  
Aquellas huestes lo digan  
que hollaron las altas cumbres,  
en qu'en cada escarcha hace  
que el Guadarrama caduque.  
En la campaña de Henares  
su vil fuga lo promulgue,  
donde antes que su poder  
su amago es quien los destruye.  
Al amago de su brazo  
no hay región que no se turbe...  
¿si hace esto cuando amenaza  
cuanto hará cuando ejecute?

Las más bárbaras naciones  
á su nombre se confunden,  
que éste solo les embarga  
aun la acción para que luchien.  
Armas y letras y todo  
lo perfecto en sí lo incluye,  
y en heróicas competencias  
gloriosamente se unen.  
Este, España, es tu monarca,  
en quien dichosa asegures  
el triunfo de tanta infiel  
enemiga muchedumbre.  
Nieta del gran Luis de Francia,  
cuyos hechos los esculpe  
la Fama, allá en lo inmortal,  
porque con lo eterno duren.  
Tanto á Luis se le parece  
que hace á la razón que juzgue  
que son dos uno, sin que el  
entendimiento dispute.  
Al gran Delfin, su gran padre,  
el suave trato dulce  
le roba, sin que se queje  
su amor de que se lo hurte.  
Hoy llenas veinte y seis años...  
que inmortales se regulen  
donde el volante del tiempo  
los numeré y no los sume.  
Cúmplelos, y nuestras ansias  
logren que se perpetúe  
tu vida, y que en vez de años  
siglos la edad te tribute.  
Cumple tantos que no haya  
guarismo que los calcule,  
pues nuestras dichas renacen  
cada vez que tú los cumples.  
Vive, ¡oh, generoso joven!  
y gloriosos se apresuren  
los laureles á tus sienas  
donde eternos se vinculen.  
A diluvio de tus tropas  
se aneguen ingratitudes  
de infieles reinos, á quienes  
vivientes ondas inunden.  
Tus enemigos te aumenten  
gloria cuando de ellos triunfes,  
y hagas que sus medias lunas  
su luz argentada enluten.  
Al girar tu ardiente espada  
todo el orbe se atribule,  
conociendo en sus estragos  
que el león castellano ruge.

Tus alados corvos leños  
generosa pesadumbre  
sean de Neptuno, á quien  
la cerúlea espalda abrume.  
La hidra de la heregía  
en cenizas las sepulte,  
y tu amor su incendio apague  
porque al mundo más no ahume.  
Vuele tu fama y su vuelo,  
porque el orbe te salude,  
desde el Septentrion al Austro  
el diáfano espacio surque.  
Las noticias de tus glorias  
á la envidia no se oculten,

porque reverente oiga  
lo que á su pesar escuche.  
Vive y reina, vence y triunfa,  
y en tí las dichas se junten:  
pues tú solo de la Fama  
el templo es digno que ocupes.  
De tu fortuna la rueda  
nada la mueva ni mude,  
porque en tí tenga de inmoble  
cuanto tiene de voluble.  
Tu nombre inmortal se escriba  
del turquesado volumen  
en esas sus once hermosas  
brillantes hojas azules.

De don Pedro Joseph Bermúdez:

Inclito Rey, la sabia Providencia  
liberal te adornó de prendas tales  
que, por sí, han merecido ser iguales,  
sin ser deudor su lustre á tu ascendencia.

Contra una y otra bélica ocurrencia  
ya de enemigos, ya de desleales,  
sin fuerzas á tus émulos iguales  
hizo tu aliento al orbe resistencia.

Nacistes grande, y por el propio empeño  
de ser tan grande á ser mayor naciste,  
rayando donde áun el valor no alcanza.

Vive, y de la fortuna en desempeño  
acredite la Fama que pudiste  
crecer más que el deseo y la esperanza. (1)

De don Antonio Zamudio de las Infantas, del orden de Santiago, marqués del Villar del Tajo, General de este Mar del Sur.

Invicto Filipo, espíritu heróico,  
que animas del pecho eterna la llama,  
siendo dicha que logra el deseo  
tener en tu númen su fé vinculada.  
En tu nombre glorioso respira  
ardiente el fervor de nuestra esperanza,  
y lo que es en nosotros afecto  
con tus sienes por timbre se esmalta.

(1) Merece aplauso nuestro compatriota Bermúdez, porque no pudiendo excusarse de tomar participación en la fiesta, escribió este soneto moderado en el elogio.—R. P

En las almas tu ejemplo sublime  
virtudes inspira, fervores inflama,  
si equivoca tu esfuerzo glorioso  
Diadema, Candor, Laurel y Batalla.  
De tus glorias la Fama es anuncio,  
pues la oliva y la lis hermanadas  
en el trono te ofrece la lira.  
Ya se rinde al poder de tu brazo  
y en la lid te dedica la palma,  
la injusta, rebelde nación lusitana,  
si el valor que tu diestra ilumina  
es laurel que su orgullo desmaya.  
Ya monarca te adoran caudillo,  
y Marte español las tropas contrarias,  
si á tu mano le sobra el acero  
pues tu nombre le sirve de espada.  
Pero temo, Señor, que tus glorias  
coronen de triunfos su misma arrogancia,  
porque siendo un Filipo quien vence  
es laurel el llegar á sus plantas.  
El sudor de tus leales vasallos  
de lauros fecunda la fértil campaña,  
pues lo que es en sus fines fatiga  
en tu frente florece guirnalda.  
Ya de trono te sirve rendida  
del mar reverente la espuma rizada,  
y el rumor de sus olas tranquilas  
de dulce concierto que anima la Fama.  
En el templo del sol tus pendones  
erigen decente, tranquila morada,  
renaciendo el afán de sus luces  
de tu alto esplendor la luz soberana.  
Impere ambos soles tu augusto valor,  
influye en los pechos, oh, invicto monarca!  
para ofrendas que amor te dedique  
benigno el ardor que tu celo retrata.  
Vive, pues, y del arbol fecundo  
que en tálamo excelso felice propagas,  
para triunfo inmortal del deseo  
corona los frutos, alienta las ramas.  
Y tú, Aurora benigna, que gozas  
del sol de Filipo la luz mejorada,  
á su vista florezca tu estrella  
y en tu estrella tu dicha renazca.  
Para que cuando el Sol y la Aurora  
en vínculo tierno y glorioso se enlazan,  
sea del sol que acredite la Iberia  
la luz precursora la luz Saboyana.  
Y florezca á tu ejemplo glorioso  
el Hércules Luis, que en su cuna de nácar  
el valor que le asiste vincule  
del Marte francés la honrosa prosapia.